Piedra, papel o tijera

Inés Garland

loqueleo

Para Abril y su papá.

Primera parte

1

El día que conocí a Carmen y a Marito, el jardín de la isla había amanecido inundado. Los árboles parecían flotar muy derechos y las casas de los vecinos, al otro lado del río, eran como animales acuáticos, inmóviles sobre sus largas patas. Salí a la galería en puntas de pie para no despertar a mis padres. Quería ir a jugar al jardín antes de que vieran la creciente, porque a la única que le gustaban las crecientes era a mí; ellos se ponían enseguida a levantar los muebles y la heladera, y había que volver a Buenos Aires. El agua tapaba cinco de los diez escalones a la casa. Calculé la profundidad: por encima de la rodilla, una medida perfecta para jugar en el fondo del jardín, entre las mandarinas y los kinotos, donde los adultos solo iban los domingos a la tarde en los meses de invierno a llenar un canasto para llevar a la ciudad. Caminé con pasos grandes, moviendo los brazos para hacer equilibrio, rozando el agua con la punta de los dedos —las alas, yo era un pájaro inmenso a punto de tomar vuelo—, el barro se me metía entre los dedos y briznas de pasto suelto se me quedaban pegadas a las piernas. Carmen estaba ahí, justo antes de la zanja grande. La vi de lejos, sentada en una

rama, con los pies en el agua, como si hubiera estado así desde siempre. De sus pies brotaba otra chica idéntica, de agua, y las dos sonreían como el gato de *Alicia en el País de las Maravillas*. Cuando me acerqué la chica de agua se rompió y la que estaba sobre la rama bajó de un salto. Era más alta que yo. Tenía puesto un *short* sucio de barro y una remera a rayas que había sido mía y le quedaba corta.

—¿Vamos a pedirle a mi abuela que nos dé el desayuno? —dijo como si hablara con una vieja amiga, y se alejó por el agua con aires de princesa, moviendo como aspas sus brazos flacos.

Su confianza me ató a ella con un hilo invisible y la seguí sin preguntas.

—Ahora yo voy a vivir acá —me anunció cuando cruzábamos el puente hacia lo de doña Ángela.

Doña Ángela era la mamá de los vecinos isleños y la abuela de Carmen. Vivía con cuatro de sus ocho hijos en una casita del otro lado del riacho que separaba nuestro terreno del de ellos. Yo nunca había estado ahí y ahora cruzaba el puente colgante detrás de mi nueva amiga, la vista fija en la trenza negra que le bailaba por la espalda y le llegaba hasta la cola.

—Yo y mi hermano vamos a vivir en lo de mi abuela —insistió dándose vuelta. La trenza pegó un chicotazo—; el burro adelante para que no se espante. Mi hermano y yo, digo.

—¿Con tu papá y tu mamá?

Barrió el aire con la mano como si los padres fueran algo que se pudiera borrar así, de un manotazo (después supe por

mi papá que la mamá de Carmen los había abandonado para irse con un marino que vivía en Comodoro Rivadavia y que el padre trabajaba en el Tigre en un astillero y no se podía ocupar de ellos). Doña Ángela estaba en el muelle. El agua cubría los tablones del piso, y la baranda y el banquito descascarados. Fin de semana tras fin de semana durante toda mi infancia yo había visto a doña Ángela sentada en el muelle. Quieta, enorme, vestida de negro, con el pelo blanco desordenado alrededor de la cabeza, como una nube, miraba pasar el río desde la mañana temprano. Cuando nos vio se paró despacio y caminó hacia nosotras levantándose apenas el vestido que le flotaba alrededor de las piernas. Se agachó para besarme. Una cadena de plata muy finita quedaba atrapada en la línea que dividía sus pechos inmensos. Quedé hipnotizada por lo que veía: ese lugar blando y tibio, tan diferente del escote huesudo de mi madre, se balanceaba apenas y me invitaba a hundirme en él, a dejarme envolver por su dulzura.

—Vamos, que les hago unas tortas fritas —dijo doña Ángela y la seguimos como pollitos.

La casa de los isleños era un cubo de madera ladeado y no estaba construida sobre pilotes. Mi papá siempre decía que había que ayudarlos a construir algo mejor, pero ese plan se postergaba cada año por diferentes motivos y ahora, por primera vez, yo pude entender por qué mis padres tenían esa conversación cada vez que crecía el río.

Esa mañana la cocina de doña Ángela era un espacio inundado, mal iluminado por la resolana que entraba a través de una ventanita cubierta por una tela vieja. Una nube

de vapor salía de una pava que hervía sobre la cocina de hierro y el ruido metálico de la tapa que golpeaba sobre la boca de la pava resonaba en el silencio. Desde algún lugar llegó la voz irritada de un hombre.

—Alguien apague esa pava —dijo.

Su cara se asomó desde un entrepiso elevado que balconeaba sobre el espacio de la cocina. Me miró. Yo no alcanzaba a ver su cara con claridad; la luz que entraba por la ventanita le iluminaba un solo ojo, hosco y cansado.

—Mamá —protestó, levantando la voz.

La mano caliente de Carmen envolvió la mía.

—Voy a hacerles unas tortas fritas a las nenas, Tordo —dijo doña Ángela, y la cara desapareció en la oscuridad como por un conjuro.

—Se va a acabar la harina —dijo la voz del Tordo.

—Chico tiene que ir al almacén esta tarde —dijo doña Ángela y descorrió la tela de la ventanita.

La resolana iluminó un par de piernas flacas que se descolgaban desde el entrepiso, los dedos de los pies se abrieron y se cerraron en abanico y soltaron una nubecita de tierra que quedó suspendida en el aire. Alcé la vista. Sobre mi cabeza, como una aparición, vi por primera vez la cara de Marito, su piel brillante, sus ojos negrísimos, su nariz, su boca llena y burlona, la pequeña cicatriz que, supe después, un mordisco de nutria le había dejado en el labio superior.

—La Pinta puso un huevo en la viga —dijo y se dejó caer a mi lado sosteniendo en el aire un huevo blanco y liso.

—¡Nos salpicaste! —dijo Carmen enojada.

—Tan secas que estaban —dijo él.

Carmen y yo nos miramos las piernas hundidas en el agua hasta los muslos y empezamos a reírnos. Carmen seguía teniéndome de la mano y ahora se puso ante mí y así, paradas una frente a la otra, nos reíamos como si lo que había dicho Marito fuera la cosa más graciosa del mundo, como si no existiera en la vida nada más que esas ganas de reírnos.

Años después de esa mañana inundada, una bruja me dijo que no era la primera vez que ellos y yo estábamos juntos en este mundo. Nuestras almas, dijo, ya se conocían y habían vuelto a esta vida a compartir un sueño.

2

Un lunes, a mediados de ese otoño, volvió Mabel, la madre de Carmen y de Marito. Vino sin el marino y con el bebé que había tenido la Navidad anterior, pero yo no la conocí porque para el viernes a la tarde, cuando llegué, ya se había vuelto a Comodoro Rivadavia. Les dijo a todos que había venido a ver a sus hijos, pero nadie le creyó. Cuando se fue dejó al bebé, como si se lo hubiera olvidado, o por lo menos así decía Carmen, que decidió hacerse cargo de su hermanito y lo llevaba con nosotras a todas partes metido dentro de un trapo triangular que doña Ángela le armó con uno de sus vestidos viejos.

—Podríamos bautizarlo Mowgli —dije yo en cuanto lo vi.

Esa semana había terminado de leer *El libro de las tierras vírgenes*, y el bebé, con su pelo negro como un cepillo y sus ojos alargados, me hizo recordar las ilustraciones de mi libro.

—Se llama Lucio —dijo Carmen y por la cara que me puso me di cuenta de que mi idea no le había gustado para nada.

El juego de las lobas sí le gustó y durante varios fines de semana nos íbamos al fondo del jardín, armábamos una especie de nido con hojas secas, acostábamos a Lucio sobre el trapo, dábamos vueltas a su alrededor en cuatro patas aullando y lamiéndole la cara, nos echábamos a su lado rodeándolo con el cuerpo para protegerlo de Shere Khan. Lucio agitaba los brazos y las piernas, y pegaba grititos como si estuviera encantado con nuestro juego. Hasta Marito hizo de jefe de la manada una tarde y salimos a cazar los dos por los alrededores de la guarida mientras Carmen se quedaba con el bebé.

En febrero Carmen y yo habíamos empezado una casita sobre los árboles de la isla del medio. Un domingo decidimos terminarla y mudar allí unos cacharros y nuestra caja de libros. El Tordo nos había prohibido que lleváramos a Lucio al bote, así que lo dejamos en el muelle en un cajón que había fabricado Marito y al que le habíamos puesto un pequeño colchón. Atardecía y todos estaban dentro de las casas menos Marito, que pescaba río abajo, en el muelle abandonado. Desde nuestra casa del árbol podíamos ver el muelle de doña Ángela con claridad. Calculamos que si Lucio lloraba podríamos llegar enseguida y, convencidas de que no corría peligro alguno, cruzamos a la isla de enfrente para trabajar en la construcción de nuestra casa.

Después, cuando nos contábamos a nosotras mismas cómo habían sido las cosas, a ninguna de las dos le parecía que hubiéramos dejado de mirar a Lucio por más de cinco minutos. Teníamos un martillo cada una y una caja de clavos. Nos pusimos a clavar los tablones a las ramas del sauce

con la concentración que hace falta para no martillarse un dedo, pero entre clavo y clavo mirábamos hacia el muelle y veíamos sus piecitos que sobresalían del cajón cuando él sacudía las piernas en el aire. Cada tanto oíamos sus gorjeos felices, porque Lucio era un bebé alegre y no lloraba casi nunca.

Nos dimos cuenta de la creciente cuando ya no había nada que hacer. Era como si el río hubiera decidido crecer de repente y hubiese avanzado sobre la tierra en absoluto silencio, traicionero, con el propósito imperturbable de llevarse a Lucio. Carmen fue la primera en darse cuenta y pegó un grito. Yo levanté la vista de una madera que estaba dándome un trabajo especial y vi enseguida lo que había pasado. Creo que también grité. Carmen ya estaba en el suelo, corriendo hacia el bote. El cajón había desaparecido.

Papá dijo después que él salió a la galería cuando escuchó mis gritos y que vio cómo yo desataba el cabo y cómo Carmen empezaba a remar antes de que yo me subiera al bote. Yo ya tenía un pie sobre el tablón de popa y el bote se separó de tierra con brusquedad. Grité. No sé si fue el bote o la tierra lo que se escapó de debajo de mis pies primero, pero me caí al agua con las piernas abiertas y un dolor intenso en la ingle. Carmen dejó de remar y por un momento no supo qué hacer. Me aferré al borde del bote y me trepé chorreando. Papá, desde el muelle, nos preguntó qué pasaba. Carmen había empezado a llorar y yo temblaba tanto que no atinaba a contestar.

—El río se llevó a Lucio —dijo Carmen. A nuestro lado pasó un pájaro flotando panza arriba.

El grito de Marito se escuchó apenas y al principio nos costó saber de dónde venía. Miramos en dirección al muelle abandonado, donde lo habíamos visto por última vez, pero el muelle estaba desierto bajo la luz cada vez más escasa. Recorrimos la costa con la vista y río arriba, metido en el agua hasta la cintura, vimos a Marito que hacía señas desesperadas con los brazos en alto.

Carmen ya había empezado a remar en esa dirección y yo me paré en la popa con las piernas abiertas a pesar del dolor para mirar hacia delante con la esperanza de ver el cajón flotando a la deriva. Temblaba con espasmos y la ropa pegada a mi cuerpo parecía haberse vuelto de hielo. Por primera vez en mi vida odié el color del río. De pronto parecía otro: con su correntada y su capacidad de tragarse a una persona sin dejar rastros.

Al acercarnos a Marito vimos que hacía señas hacia la orilla de enfrente y ahí, con una punta enganchada entre los juncos, el cajón estaba girando sobre sí mismo y se soltaba ahora otra vez para seguir el curso de la corriente. Desde donde estábamos no se veía a Lucio.

Carmen apuntó hacia el cajón y remó con fuerza, pero el cajón iba más rápido que nosotras. Una sola hilera de maderas sobresalía del agua: se estaba hundiendo. Marito corría por la orilla y ahora se había tirado a nadar. Vi un piecito. Se asomó apenas y el cajón se inclinó por el movimiento y por un instante pensé que iba a darse vuelta, que íbamos a ver a Lucio caer al río y desaparecer. Me tiré al agua.

No me di cuenta hasta después, cuando papá me lo dijo, de que cuando llegara al cajón me iba a resultar muy difícil

mantenerme a flote y empujarlo a la misma vez, pero yo no estaba pensando en lo que iba a hacer cuando llegara a Lucio. Solo estaba nadando hacia él.

Cuando me faltaban unas brazadas para llegar oí la orden de Marito.

—Nadá hacia los juncos —dijo—. Yo busco a Lucio.

Su voz tuvo la fuerza de hacerme obedecer.

Sentí el barro bajo mis pies al mismo tiempo que un agotamiento mortal convertía mis piernas y mis brazos en un lastre inamovible. Me aferré a un puñado de juncos. Apenas unos metros más lejos Marito hacía pie y levantaba en brazos a Lucio, que había empezado a llorar. Lo abrazó muy fuerte y caminó hasta la parte más playa.

Por el medio del canal venía papá en la lancha, y Carmen, metiendo los remos dentro del bote, saltaba a tierra con el cabo.

Río arriba se veía la punta del cajón, cada vez más lejos, y un instante después, nada.

3

De los cuatro hijos que vivían con doña Ángela, yo solo conocía a dos: al Tordo, que era el mayor, y a Chico, el menor. Los otros dos trabajaban los fines de semana haciendo changas y por esa época se fueron a vivir a Corrientes.

El marido de doña Ángela se llamaba Cátulo y era santiagueño, pero se había ido cuando los hijos eran chicos. Ella contaba que su marido nunca se había acostumbrado al agua y que en la gran crecida del año '37 se había vuelto a Santiago sin decirle una palabra, como si la culpa de la inundación la hubiera tenido ella. Después había empezado a mandarle unas postales escuetas cada dos o tres meses que se fueron espaciando hasta que solo llegaba una en Carnaval.

—Escribe de puro mamerto, nomás —decía ella.

Un año después de que Carmen y Marito se mudaran a vivir con su abuela, el abuelo Cátulo vino de visita. Fue un gran acontecimiento que me perdí porque coincidió con las vacaciones de invierno y yo estaba en un campo en Sierra de la Ventana, pero Carmen me contó todos los detalles a mi vuelta.

El abuelo no hablaba mucho, dijo ella, casi ni los había saludado, aunque les había traído unas nueces confitadas deliciosas y un disco de zambas santiagueñas que mamá grabó en un casete para que pudieran escucharlo en el grabador que nosotros llevábamos los fines de semana. Doña Ángela dijo que el regalo era una maldad, que el abuelo sabía perfectamente que ella no tenía tocadiscos, y Carmen me contó que los oyó discutir los tres primeros días porque el abuelo decía que cómo iba a saber él que en todos esos años no habían comprado un tocadiscos; la abuela se quedaba callada y después volvía a la carga con que él sabía perfectamente que en la isla no había luz y que para qué iba a comprar ella un tocadiscos si no había luz. Carmen me contó también que sus abuelos se habían pasado los días enteros sentados en unas sillas de mimbre detrás de la casa mirando hacia el terreno del fondo.

—Él no quiere ver el río porque le echa la culpa de su soledad —decía doña Ángela en ese primer tiempo después de la visita.

Y se reía de lo distintas que son las personas, porque el río era, para ella, una gran compañía.

—Con eso que tiene de pasar y pasar y estar siempre moviéndose, les quita importancia a las cosas —decía.

Y bastaba con verla sentada en el muelle, horas de horas, con la mirada perdida y las manos sobre el regazo, para saber que era cierto.

Creo que a los chicos les habría gustado que su abuelo se quedara. Tenía ojos grises, dijo Marito, y las manos muy arrugadas, y tocaba el cajón peruano. Marito se enamoró del

cajón peruano. Ese invierno se montaba a caballito en cualquier tocón y lo golpeaba entre las piernas abiertas moviéndose como si realmente lo hiciera sonar. Años después volvió de Santiago con un cajón peruano de verdad que le habían regalado y andaba con él por todos lados.

En esas dos semanas con el abuelo Cátulo, doña Ángela había tomado vino y cerveza, y los chicos la habían escuchado reírse en la oscuridad cuando creía que todos dormían.

Cuando yo la vi después de las vacaciones, estaba muy cambiada. Ella, que era siempre tan silenciosa, se había vuelto conversadora y se le iluminaba la mirada a cada rato como si estuviera pensando cosas lindas. Se le dio por plantar malvones en unas latas viejas y hasta le pidió a mamá un gajo de azalea para ver si podía hermosear un poco su jardín, como dijo.

Después se fue quedando callada y unos meses más tarde ya no habló más y volvió a sentarse en el muelle a ver pasar el río.

Papá decía que doña Ángela tenía el mal del sauce. Alguna vez, ya de grande, me dijeron que así le llaman a esa inercia de la que acusan a los isleños, que no los deja trabajar ni terminar las cosas y que les viene de tanto mirar el río. Para mí es otra cosa. El río fue siempre mi casa, la casa de Marito, mi lugar en el mundo. El mal del sauce, para mí, es un mal de amor.